

An abstract watercolor painting featuring two figures. The figure on the left is rendered with dark, expressive black lines and is filled with a mix of yellow, orange, and blue washes. The figure on the right is more ethereal, with a pinkish-purple wash and delicate black outlines. The background is white with scattered, light-colored ink splatters and faint, wispy lines. The overall style is gestural and expressive, typical of contemporary watercolor art.

FUNDACIÓN CULTURAL DEL BANCO CENTRAL DE BOLIVIA
Año 4 | Número 16 | abril-junio 2016 | Bs. 20

Revista cultural

PIEDRA de agua

JAWIR QALA / RUMIWAKU / ITA-I

Dossier: **Enrique Arnal**

Ricardo Jaimes Freyre:
El mundo de Cervantes
y el de Don Quijote

Artes visuales
Nadia Callaú

**Ecos medievales en la
iconografía de las sirenas
andinas virreinales**
Margarita Vila Da Vila

Piedra de agua es una publicación trimestral de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FCBCB).

Consejo editor: Natalia Campero, Esteban Ticona.

Responsable: Benjamín Chávez.

Diseño y diagramación: Oliver Guzmán C.

Depósito legal: 4-3-41-13 P.O.

E-mail: revistapiedradeagua@gmail.com

Colaboradores de este número: Matías Arnal, Ximena Arnal, Elías Blanco, Nadia Callaú, Gary Daher, Teresa Gisbert, Juan Andrés Palacios, Julia Peredo, Pedro Querejazu, Carla Salazar, Armando Soriano, Leonor Valdivia, Margarita Vila.

Fotografías: Matías Arnal, Archivo CEDOAL, IEB, IIL, FITAZ, Nadia Callaú, Juan Andrés Palacios, Margarita Vila.

Tapa: Enrique Arnal / Gallos / 1992
Técnica mixta sobre papel / 67 x 72 cm
Colección privada

Piedra de agua no necesariamente comparte las opiniones de sus colaboradores, ni está obligada a publicar colaboraciones no solicitadas.

Suscripciones y venta de números anteriores: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Calle Ingavi N° 1005 esq. Yanacocha.

Ventas LA PAZ: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Calle Ingavi esquina Yanacocha N° 1005 / Tienda del Museo Nacional de Arte. Calle Comercio esq. Socabaya / Tienda del Museo Nacional de Etnografía y Folklore MUSEF. Calle Ingavi N° 916 esq. Jenaro Sanjinés / **SANTA CRUZ:** Centro de la Cultura Plurinacional de Santa Cruz. Calle René Moreno N° 369 / **SUCRE:** Archivo y Biblioteca Nacionales. Calle Dalence N° 4 / **POTOSÍ:** Casa Nacional de Moneda. Calle Ayacucho s/n.

EDITORIAL

La obra del destacado artista Enrique Arnal (1932 – 2016), un referente de la pintura boliviana, es el tema elegido para el dossier de la presente edición de *Piedra de agua*. Una merecida valoración de su arte desde las páginas de la revista. Por ello, publicamos varias miradas de historiadores, críticos de arte y escritores, así como un sentido homenaje especialmente escrito para este número por su hija, la narradora Ximena Arnal Frank.

Nuestra sección de literatura presenta un desconocido texto crítico del poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre, recientemente redescubierto por Ana Rebeca Prada, Omar Rocha Velasco y otros investigadores quienes acaban de publicar, en dos tomos editados por el Instituto de Estudios Bolivianos y el Instituto de Investigaciones Literarias de la UMSA, *La Prosa de Jaimes Freyre*. Se trata de un texto que versa sobre Miguel de Cervantes Saavedra, de quien, como es por todos conocido, en este año se recuerda el IV centenario de su fallecimiento.

Luego, en un acápite dedicado al teatro, la joven escritora cochabambina Julia Peredo nos presenta Escrituras (in)necesarias: Dramaturgia femenina boliviana contemporánea. Un texto presentado con motivo del más reciente Festival Internacional de Teatro de La Paz.

Como es ya habitual, la sección dedicada a las artes visuales, El Gran Vidrio —así denominada en homenaje a una de las obras capitales de Marcel Duchamp— por su curadora Leonor Valdivia, nos muestra en esta oportunidad la obra de la artista Nadia Callaú.

Páginas después, en ese mismo ámbito artístico, la reconocida historiadora de arte Margarita Vila Da Vila, comparte con los lectores de la revista, una extensa y erudita conferencia dictada en las universidades japonesas de Tokio, Nagasaki y Osaka: Ecos medievales en la iconografía de las sirenas andinas virreinales. Texto que por su extensión será publicado en dos ediciones consecutivas de *Piedra de agua*.

Un diálogo con el talentoso músico, director y compositor Juan Andrés Palacios nos permite dar un vistazo, tanto a su trabajo, como a la actividad musical de fusión que actualmente se desarrolla en la ciudad de La Paz.

Mirar, oír, leer, sección dedicada a reseñar lo más reciente y destacado de la producción artística de nuestro medio se ocupa del último poemario de Vilma Tapia Anaya y de la publicación de El Pacto, obra de teatro de la dramaturga Camila Urioste.

Finalmente, nuestra página de Muro, así como otras páginas que aparecen a lo largo de la revista, informa acerca de publicaciones y actividades encaradas por la FCBCB y los Centros Culturales que de ella dependen. Esperamos que disfruten de esta decimo sexta edición de *Piedra de agua*.

LITERATURA

El mundo de Cervantes
y el de Don Quijote
Ricardo Jaimes Freyre

26

TEATRO

Escrituras (in)necesarias:
Dramaturgia femenina boliviana contemporánea
Julia Peredo

31

ARTES VISUALES

El gran vidrio:
Nadia Callaú

36

ARTE

Ecos medievales en la iconografía
de las sirenas andinas virreinales
Margarita Vila Da Vila

40

MÚSICA

Ver las cosas con otra perspectiva
Juan Andrés Palacios

50

MIRAR, OÍR, LEER

56

MURO

60

DOSSIER

6 Enrique Arnal

8 ¿Quién fue Enrique Arnal?
Elías Blanco Mamani

10 El tránsito de un coloso
Pedro Querejazu

15 Enrique Arnal o el arte sin concesiones
Ximena Arnal Franck

19 Enrique Arnal
Armando Soriano Badani

20 Una aventura espiritual y personal
Teresa Gisbert

21 Vieja y entrañable amistad
Blanca Wietbüchter

EL MUNDO DE CERVANTES Y EL DE DON QUIJOTE

RICARDO JAIMES FREYRE

El Proyecto Prosa Boliviana, integrado por el Instituto de Estudios Bolivianos y el Instituto de Investigaciones Literarias de la UMSA, acaba de publicar *La Prosa de Jaimes Freyre*, que consigna crónicas, ensayos literarios y otros escritos dispersos del autor. De ahí extractamos este texto, en el año del cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes.

He aquí que yo me vuelvo a Miguel de Cervantes y le digo:

—Soldado de los tercios de Flandes, guerrero de Lepanto, cautivo de Argel, ¿por qué arremetiste contra la ilustre hermandad de los caballeros andantes, que desfilaban por el vasto y maravilloso mundo del espíritu, armados de punta en blanco, jinetes en bravíos corceles, luchando, con el nombre de Dios y de su dama en los labios, por el amor, por la fe, por la gloria? Eran esos caballeros despreciadores de los deleites; eran nobles, generosos y abnegados; tenían el brazo de hierro, blando el corazón, alto el espíritu, limpia la conciencia; los ojos prestos a las lágrimas y la lengua a las plegarias; sobrios, castos, infatigables, misericordiosos. Ellos ignoraban que podían buscar en el mundo otra cosa que el triunfo de la justicia, de la verdad y de la belleza. Ellos ignoraban que es el alma un globo cautivo sujeto a la tierra con cadenas de diamante; la ciencia no les había dicho ni siquiera su primera palabra; las leyes que rigen al planeta no existían para ellos; las leyes que rigen a los hombres no desplegaban a sus ojos el tesoro de su iniquidad; e iban por su mundo fantástico, poblado de seres misteriosos y terribles, alumbrado por indecisos crepúsculos que cambian las formas de las cosas y con su forma su naturaleza y las vuelven ya halago ya terror de los ojos, y después las cristalizan en su aspecto y en su esencia, y las dejan, por fin, para siempre, como la visión las hizo. E iban por el mundo: por la tierra, por el aire, por el agua; por el fuego, acariciados por la len-

gua de los leones, como Daniel; acariciados por las llamas de las hogueras, como los mancebos de Babilonia; arrastrados en carros de fuego, como Elías; salvos en el fondo de los mares, como Jonás. E iban por el mundo, y cuando la tierra desaparecía bajo sus plantas, marchaban sobre el vacío, como Jesús sobre el lago de Genezareth. Y su mundo interior era más grande, más espléndido, más luminoso que el mundo que les rodeaba; y era su espíritu el que embrazaba la adarga, el que enristraba la lanza y el que acometía a la falange malhechora que esparce la injusticia y el dolor sobre la tierra.

Soldado de los tercios de Flandes, cautivo de Argel, no es bueno despertar a los hombres cuando sueñan sueños de gloria; no es bueno decirles que serán burlados, martirizados, pisoteados por rebaños de ovejas y por pías de cerdos cuando nieguen que el mal sea en la tierra tan necesario como el bien; cuando se arrojen a extirparlo, confiados solamente en la fe de su espíritu y en la fuerza de su brazo. No es bueno decir a la estatua de cabeza de oro que tiene los pies de arcilla.

Pero olvidaste el aforismo de la cábala: “Cuando se juega al fantasma se llega a serlo”, lo olvidaste para bien de los hombres. Y al jugar con los caballeros andantes creaste a Don Quijote, el tipo, el modelo, el canon eterno, al cual todos los Esplandianes, Amadis y Florismartes son como la luna al sol. Porque ellos triunfaban y él era vencido; porque ellos amaban a mujeres y él amaba a un ideal; porque ellos estaban ro-

“Cuando se juega al fantasma se llega a serlo”



Caricatura de RJF
Ricardo Heredia



Ricardo Jaimes Freyre / Óleo de Honorio Mossi

deados de príncipes y de paladines y él de campesinos y de titiriteros; porque ellos eran ensalzados y temidos y él reído y apaleado; porque ellos conquistaban reinos y él desbarataba retablos.

Y así burlado y humillado, valía más que los Esplandianes, Amadis y Florismartes, como vale más quien por el bien sufre que quien goza por el bien. Y harto claro se ve que divina era la locura del caballero, cuando se piensa que si hubiera convertido a ella a todos los hombres, el imperio de la justicia se habría fundado sobre la tierra.

Soldado de Lepanto, cautivo de Argel, no hagas, no, que el exceso de cordura de los que rodean a Don Quijote acabe por contagiario, como una mala peste traída de tierra de judíos en la sentina de un barco; no hagas, no, que el desdichadísimo caballero caiga en la mayor de todas las desdichas, que es reconocer como locura su anhelo de verdad, de bien y de belleza; que no despierte a la vida de la realidad, hecha de egoísmos, de sensualidades, de transacciones con el mal; de hipocresías que se llaman tributo a la virtud; de crueldades que se llaman tributo a la necesidad; no quieras que el que fue siempre confesor y está dispuesto a ser mártir, reniegue de su fe porque abrazado a ella le escarnecen y abandonándola le reverencian; porque cuando la proclama le llaman Don Quijote, y cuando apostata le llaman Alonso Quijano el Bueno.

Si el valeroso hidalgo, en vez de volver su espíritu hacia el mundo prodigioso poblado de hechicerías y de encantamientos, pero poblado también de abnegaciones, de grandeza, de esperanza, de amor, de fe, lo hubiera vuelto hacia el mundo que lo rodeaba, ¿no habría pensado que era necesario resucitar la caballería andante para librar a los hombres del peso intolerable de la tiranía, de la ambición, de la codicia y del fanatismo?

Habría fijado sus ojos en su España. Habría visto cómo los nietos de los reyes Católicos llevaban por todos los términos del planeta sus huestes aventureras y guerreras. Las habría visto combatir por mar y por tierra, con hombres de todos los climas; acosar a los berberiscos en África; a los turcos en los mares de Grecia; a los italianos, a los franceses, a los flamencos, a los portugueses, a

los anglos y a la muchedumbre gimiente de los indios en las selvas americanas. Habría visto cómo se sangraba su raza, que envió en doscientos años al otro lado de los mares a treinta millones de sus hijos; cómo estaban abandonados los campos, arruinadas las ciudades, expoliados los pueblos; cómo la miseria paseaba sus harapos por todas partes, mientras los galeones, cargados de oro, abastecían apenas a las necesidades de guerras interminables; habría visto los ojos del inquisidor, fríos y duros, que escudriñaban hasta el fondo de todas las conciencias; se habría estremecido al recuerdo de los suplicios de Flandes; de las ejecuciones misteriosas en

el fondo de las mazmorras; de los tormentos del Santo Oficio; del éxodo doloroso de los moriscos que arrasaban su desventura por todos los caminos del reino, rumbo a regiones desconocidas, devorando con sus miradas, turbias por las lágrimas, la dulce patria que no volverían a ver jamás. Habría pensado en esa legión innumerable de españoles que jugaban cien veces su vida en países remotos; en los que sufrían el cautiverio en poder de los infieles; en los otros, cuyos huesos blanqueaban todos los campos de Europa, de América y de África y en los que habían hallado su sepulcro en el fondo de todos los mares del orbe...

*Habría visto
ese conjunto heterogéneo
y abigarrado que formaba la
población de las ciudades
y de las aldeas*

Habría visto ese conjunto heterogéneo y abigarrado que formaba la población de las ciudades y de las aldeas; el gran señor, ignorante, despótico y fanático, rey como el rey; el hidalgo, pobre y orgulloso, pretendiente eterno, quimerista, maldiciente y galanteador; el soldado, rico de heridas y de campañas, buscando una pensión o una bandera; el fraile, gobernador de palacios de príncipes, señor de conciencias, juez de ingenios, árbitro de hogares; el pedante, gran latinista, discuti-dor insigne, molino de silogismos; el estudiante, todo trazas, conquistador de cenas, de birretes y de ropillas; el comediante, ambulando por corrales y patios, regocijo del pueblo, alma de fiestas y bureos, vapuleado, ensalzado, encarcelado, aplaudido o luciendo el sambenito en lamentables procesiones; el pícaro, lazarillo, lacayo, salteador de caminos, mozo de mulas, cuadrillero de la Santa Hermandad, aguacil, confidente de nobles, galeoto o favorito; la dama discreta y devota, dada intrigas y amoríos; la dueña, celestina grave y rezadora, codiciosa y complaciente; la doncella, casquivana y alegre, maestra en traer y llevar billetes y amorosos pecados; y entre esa multitud frívola, supersticiosa, holgazana, pendenciera y enamoradiza, un pueblo que trabajaba para pagar los despilfarros de la corte, para sustentar a los miserables zánganos de la colmena; para llenar incesantemente las arcas que se vaciaban como por encanto, y que iba poco a poco aclarando sus filas con las deserciones de los que se incorporaban al ejército de desocupados y de aventureros.

Entonces habría pensado Alonso Quijano el Bueno que su lugarejo de la Mancha no era el asilo justo para su alto espíritu, entre un bachiller parlanchín y amigo de burlas, un eclesiástico razonador y corto de entendimiento, un barbero entrometido, una ama roma, una sobrina medrosa y lloriqueadora, un rocín flaco y un galgo corredor; que no lo era esa corte de los Austrias, asentada sobre las dos rocas enormes del fanatismo y del despotismo, y a cuyos pies se deslizaba turbiamente el río de todas las miserias, mientras en los cuatro extremos de la tierra se oía el ruido de la piqueta que iba minando sus cimientos. Habría pensado que su alto espíritu debía salir del marco que lo rodeaba; que su camino debía alejarse tanto del camino vulgar cuanto ello fuera posible; que había necesidad de devolver al mundo la realidad de ese sueño medioeval del caballero sufrido, valeroso, desinteresado, protector de los humildes, de los débiles, de los desvalidos; sueño medioeval que tuvo, por lo menos, un principio de realización al crearse la orden de caballería, honra de esa edad.

Toda la Europa civilizada aceptó el código heroico que sólo podía brotar, como una flor, en la terrible selva de los siglos medios; y si esos hombres de hierro,



que se precipitaban como torrentes incontenibles sobre aldeas y ciudades; que vivían como águilas en lo alto de las rocas y caían como gavilanes sobre los campos y sobre los pueblos; a quienes el peligro perpetuo endurecía el ánimo y la fatiga perpetua endurecía el cuerpo; para quienes el combate era el placer, el deber, el medio de vida, la gloria y el juicio de Dios; si esos hombres de hierro no realizaron el ideal de la caballería cristiana, tuvieron, siquiera, el alto, el generoso propósito de alcanzarlo, y aceptaron que al dárseles el espaldarazo y al ceñirseles la espuela se les dijera: “A vos que queréis la orden del caballero os corresponde entrar en nueva vida, velar en oración devota, huir del pecado, del orgullo y de la vileza; defender a la Iglesia, a la viuda y al huérfano; ser valeroso, custodio del pueblo, sincero y leal”. Y ellos juraban ajustarse a estos preceptos y combatían por su fe, por su honor y por su enseña.

Los caballeros, como tales, eran iguales a los reyes. Las campanas y las trompas de guerra resonaban alternativamente en sus oídos. Las unas llenaban su espíritu de unción y de fervor; las otras de rudo entusiasmo, de embriaguez de peligro y de gloria; vivían una doble vida: la de la visión y la de la realidad; recordaban al nigromante, al astrólogo, al hechicero; se sentían rodeados de un mundo invisible; para él, la cruz, las plegarias, los exorcismos; para el otro, el temerario esfuerzo, la destreza y la serenidad.

No; no había distancia alguna entre el caballero de la Edad Media y el infortunado caballero Don Quijote; si hubiera nacido algunos siglos antes, sólo habría sido un exaltado para quien era visible lo que para los otros permanecía en la sombra; pero los años habían corrido; el espíritu humano había sufrido los dos choques rudísimos del cisma de Lutero y del renacimiento clásico; el feudalismo agonizaba; los pueblos europeos hacían guerras políticas y se hundían en el oro de América; España acababa de empujar al otro lado de las Columnas de Hércules a los descendientes de la gran horda conquistadora y, en ese mundo

que empezaba a olvidar las pasadas brumas bajo el sol hiriente del mediodía, apareció de pronto la figura lamentable de Don Quijote, en cuyos ojos seguían cristalizadas las indecisas penumbras de un crepúsculo desaparecido para siempre.

Miguel de Cervantes, soldado de los tercios de Flandes, guerrero de Lepanto, cautivo de Argel, a ti, que

fuiste el más perfecto tipo de tu época; pobre hidalgo, lleno de ingenio, de valor, de ambición, hartos de miserias y de tristezas; inquieto, aventurero, noble, leal, generoso; hijo de esa España que fue cuna de todos los heroísmos; en la cual esplendía el siglo de oro, más grande y más radioso que el de nación alguna desde los tiempos de Augusto; pobre hidalgo de aquel gran pueblo que desde una roca de Cantabria empezó su lucha doce veces secular, abriéndose paso a botes de su lanza; empujando delante de sí los ejércitos de los árabes, reconquistando su territorio; atravesando los mares para imperar, desde un extremo al otro, en el continente inmenso y virgen; franqueando los Pirineos para dominar a la Europa; surcando el Mediterráneo para sojuzgar al África; llevando sus bajeles por los océanos de Oriente; levantando su bandera en las manos del primero de los Austrias sobre todas las cabezas, sobre todos los tronos de la tierra, y replegándose después lentamente sobre sí misma, repasando las montañas, repasando los mares, enriqueciendo con sus despojos a todos los pueblos; encerrándose, por fin; dentro de sus fronteras, como un viejo soldado que después de haber paseado su heroísmo sobre todos los campos de batalla, reposa en su pobre hogar, solo, abandonado y glorioso... Miguel de Cervantes, a ti estaba reservado el crear el tipo, el dechado perpetuo de los hombres que no son de su siglo y a quienes es preciso llamar o locos o santos. ❖

*Miguel de Cervantes,
a ti estaba reservado el crear
el tipo, el dechado
perpetuo de los hombres que
no son de su siglo
y a quienes es preciso llamar
o locos o santos*

Archivo fotográfico
Biblioteca del Congreso Washington D.C.

ESCRITURAS (IN)NECESARIAS: DRAMATURGIA FEMENINA BOLIVIANA CONTEMPORÁNEA

Julia Peredo / Escritora

En el marco del XVII Festival Internacional de Teatro (Fitaz), realizado en abril, la autora presentó esta ponencia.

Me piden que para comentar el trabajo de cuatro mujeres que tengo la dicha de conocer y admirar como escritoras, actrices, directoras y amigas. Líneas más abajo, me tropiezo con el tema de la mesa: "Dramaturgias (in)necesarias": dramaturgia femenina contemporánea boliviana. Hay en estas definiciones al menos tres que me problematizan desde hace tiempo. Pero no importa. Elijo no perderme en disquisiciones y preguntar por ellas a los textos que me envían generosamente cada una las autoras.

Camila Urioste, Claudia Eid, Laura Derpic y Paola Oña aparecen de plano en un contexto donde el dramaturgo es un bicho raro, y la dramaturga ni qué decir.

Es apenas en este siglo cuando la dramaturgia empieza a despuntar como un ejercicio y una profesión necesaria en nuestro país. Tal vez, mis reparos con el término "femenina" deberían estar refutados de entrada por una mera cuestión de conquista de género, cosa que a veces suele incomodar en los círculos que defienden la igualdad (¿por qué no dramaturgia masculina?). Pero ese es apenas el principio. Ya con los textos en mano se hace patente esta necesidad de poner en escena lo evidentemente femenino, la experiencia de una mujer en el momento en que la sexualidad, el lugar simbólico, los roles y la identidad de género se reformulan.

Tenemos entonces personajes femeninos que trabajan sin presumir, que viven su propia soledad sin considerarla una condena, que renuncian a ser las víctimas, y que, incluso estando en problemas, no piden ser salvadas.

Cito a Paola (Cordelia):

Una mujer debe tener claro que ambas opciones: tener o no tener un bebé son partes iguales de un verdadero plan de felicidad. Mundos paralelos./ Felicidades señora tiene una princesa como hija

Hijas imitan a sus madres o las rechazan o las abrazan o las quieren o las odian/ Listo/ Saludo/ Le cuento que la anterior semana me

*Tenemos entonces personajes
femeninos que trabajan
sin presumir, que viven su
propia soledad
sin considerarla una
condena, que renuncian a
ser las víctimas, y que,
incluso estando en
problemas, no piden
ser salvadas*